

ALBARRACIN Y LAS SIERRAS UNIVERSALES

los desnudos cerros de piedra gris y la pequeña vega del Guadalquivir al fondo. Fuimos al barrio de San Juan, saliendo de la Catedral, para ver la pequeña iglesia románica de Santa María. Nos encontramos allí con Pili, la niña de la patrona, con otras amigas. Una de ellas, Maite, que era sobrina de un guardia civil, hablaba muy de prisa, no dejaba hablar a las demás. Pili decía: hija, contigo no se puede. Maite contó que su tío había detenido, el año pasado, a un señor que se paseaba por la sierra vestido de mujer. Movía las manitas por delante de la cara y decía, con que paseándose por la sierra un señor vestido de mujer; hala, a la cárcel. Por fin, Pili y las demás, una que se llamaba María Jesús y otra pequeña que casi no hablaba, creo que se llamaba Sarita, consiguieron que Maite se callara un ratito, diciendo: ahora hablamos nosotras un poquito, ¿no? Pili nos explicó que la casa que se veía en la calle de abajo era un albergue de la Sección Femenina (la niña decía la Sesión Femenina). Había una chica, que debía ser de la Sesión Femenina, sentada en una piedra a la puerta de la casa, y Pili dijo, con su aire de niña mayor: con esa moza se podía casar usted. Las demás se rieron, y Maite empezó a hablar de nuevo muy de prisa, casi no se la entendía. Entre todas nos contaron la historia de doña Blanca, que es una joven judía que sale, en las noches de luna, vestida con una túnica blanca y baja al río Guadalquivir a bañarse. Nos contaban la leyenda que las madres de Albarracín cuentan a los niños, y al mismo tiempo daban saltitos y exclamaban: ¡huy qué miedo!, llevándose la mano al pecho. La pequeña Sara se refugiaba entre las piernas de Pili, y ésta decía, con su aire de persona mayor: es mentira, tonta, y luego, volviéndose a nosotros, es mentira, ¿no? Así, con la historia de doña Blanca y las voces de las niñas, fue cayendo el sol. Cenamos algo en el bar de la Cooperativa y luego nos acostamos en la habitación que nos había preparado la madre de Pili, una habitación pintada de rojo, con colchones de paja de maíz y un cuadro grande de la Dolorosa con el corazón traspasado por una daga de oro. Hacía las seis de la mañana, amanecía apenas, estábamos ya en camino. Anduvimos mucho rato siguiendo el curso del río hasta Torres de Albarracín, donde desayunamos en el café del pueblo. Después, una parada en Tramacastilla para comer, en una tienda que es a la vez bar, café, estanco, zapatería, talabartería, aperos de labranza, ferretería, tonelería y no sé cuántas cosas más. (Es una porquería, dijo el dueño, no se gana nada. Todo lo que se gana está en género.) Preguntamos si podíamos comer algo, y dijeron: pues sí señor, a base de laterío. ¿Y no habrá carne en el pueblo? Vayan ustedes a la carnicería, nos respondió la hija del dueño, a lo mejor encuen-

tran algo y yo se lo hago. Fuimos a la carnicería subiendo las cuestas del pueblo, y las vecinas salían a la puerta de su casa y, en cuanto se enteraban de que íbamos a la carnicería, decían: desculde usted, que hoy no hay carne. Llegamos a la carnicería, salió la señora y dijo: sí que lo siento, porque tenía un poco de magro de cerdo y lo he echado en el embutido. Volvimos a la tienda y encargamos unos huevos fritos con chorizo, una lata de atún y un poco de ensalada, y dice la mujer: sí señor, en cuanto que aclare esta ropa se lo preparo. Comimos y nos pusimos en camino por una carretera empedrada, desde la que contemplábamos, abajo, el curso del río, pasando entre peñascos y gargantas. Cruzamos Villar del Cobo, un pueblo con casas encajadas, con las ventanas pintadas en azul, enrejadas y llenas de geranios. A las seis de la tarde llegamos a Guadalquivir. Encontramos alojamiento en casa de doña Olimpia. Dejamos nuestras cosas y fuimos a visitar a la señorita que nos habíamos encontrado en el autobús de Teruel. El padre nos hizo pasar y nos dio un vermú, y luego los hermanos nos llevaron a dar una vuelta por el pueblo; nos enseñaron la Muela de San Juan, el monte más alto de la sierra. Luego fuimos a ver la plaza de toros, que es como un estanque redondo y vacío, y nos explicaron que tienen el proyecto, cuando haya dinero, de aprovechar la plaza para hacer una piscina, de modo que la gente se pueda bañar en el verano y, cuando lleguen las fiestas, se quite el agua y se hace la corrida. Tomamos una cazalla en una tienda tan llena de género de todas clases que apenas se podía pasar. Cenamos en casa de doña Olimpia, y estuvimos hablando con ella un rato. Nos contó que hasta hace dos años no había panadería en el pueblo, y en todas las casas se pastaba, y que en invierno había mucha nieve y apenas se salía de casa, y se consumía lo que tenían de la cosecha y el ganado. Pasó la mano sobre la cabeza del niño que estaba a su lado, y dijo: y éstos van todos los días a la escuela, cada uno con su leño, para la estufa. Era sábado, y en la pantalla del televisor salieron Joaquín Prat y Laurita Valenzuela, así que todos se quedaron mirando, y nosotros nos fuimos a dormir. Al día siguiente nos quedaba un buen trecho hasta Tragacete. Atravesamos magníficos pinares hasta llegar a un alto que llaman el Portillo, desde donde pudimos contemplar el maravilloso paisaje de la vega donde nace el Tajo. De allí, por el puerto del Campillo, salimos a la provincia de Cuenca. Dormimos todavía, aquella noche, en el pueblo de Tragacete, para emprender al día siguiente viaje a la ciudad del Júcar, de paso para Madrid. Y aquí termina la relación de nuestro viaje a las Sierras Universales. ■ (Foto cedida por el archivo del Ministerio de Información.)

art
buch
wald

LAS PEGAS DE LA TELEVISION

WASHINGTON.—Hace unos días, hablando con un amigo, salió a relucir el tema de la televisión, y nos preguntamos: ¿Qué hay de malo en ella? Llegamos a la conclusión de que su perniciosidad radica en el hecho de presentar una falsa imagen de la realidad, con la consiguiente deformación del público. Por ejemplo, en los programas basados en argumentos de tipo legal —Perry Mason, pongamos por caso— nadie pide retribución económica alguna por su trabajo. Jamás hay discusiones acerca de dinero, por lo que los telespectadores quedan con la angelical persuasión de que cualquier abogado les va a defender gratis.

Pero es muy distinto lo que sucede en la vida real. Veamos: llega una señora al despacho de Perry Mason y le dice:

—Mi hijo ha sido acusado de un crimen, pero yo estoy absolutamente segura de su inocencia.

La respuesta de Perry Mason, en la vida corriente, sería:
—Un momento, señora. No siga. Antes debe usted entregarme cierta suma de dinero, como anticipo por la defensa.

—¿Pero si mi hijo es inocente! Tiene usted que defenderlo.

—Vamos a ver, ¿cuánto puede usted pagar? Los costes legales son muy elevados. En el caso de que su hijo se declarara culpable, yo haría un arreglo con el fiscal para ahorrar los gastos de un proceso largo...

—Pero mi hijo no puede declararse culpable.

—Grave error, señora. Probablemente le condenarán, tras de haber gastado usted cinco mil dólares en su defensa.

—Quizá tenga usted razón. Que diga que es culpable. A fin de cuentas, anda siempre en dificultades.

—Muy bien. En ese caso, son quinientos dólares ahora y otros quinientos al incoarse el proceso. Si hubiera otros gastos, se lo comunicaría.

Pasemos ahora al programa del doctor Kildare. ¿Qué clase de médico será fuera de la televisión? Posiblemente, por este estilo:

—Doctor Kildare —se le presenta un hombre de edad avanzada—, siento un dolor aquí, en el costado...

—Yo no sé nada de eso. Le mandaré donde un especialista, el doctor Renfrow.

—Pero el caso es que también me duele la pierna izquierda, y siento molestias al respirar.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? Para esas dos dolencias, los mejores especialistas son los doctores Lavine y Ordman. Le apunto sus direcciones aquí.

—No entiendo su letra, doctor...

—¡Ah! ¿También la vista? Entonces, primero al doctor Feldman, oculista y otorrinolaringólogo.

—Muchas gracias, doctor Kildare.

—De nada. La consulta son diez dólares.

En cuanto al doctor Casey, otro héroe de la medicina televisiva, nos lo imaginábamos así:

Una enfermera entra apresuradamente en su despacho:
—Doctor Casey, ha tenido lugar un terrible accidente de esquí. Le esperan en el quirófano.

Casey se pone su mascarilla, esteriliza brazos y manos, y se dispone a intervenir. Pero de pronto pregunta:

—¿Ha firmado ya este hombre la nota en la que me exige de toda responsabilidad, caso de que la operación dé mal resultado?

—No, señor: lo trajeron en estado inconsciente.

—Pues lo siento, pero yo no puedo operar mientras no firme la nota. ¿O cree usted que voy a exponerme a que me acusen de práctica médica defectuosa?

Como colofón demostrativo de la "veracidad" y "realismo" de la televisión, pasemos al asunto de los taxis. En la pequeña pantalla hay siempre centenares de taxis disponibles. Pero si, en la vida real, Peter Gunn quisiera seguir a alguien usando este medio, veríamos:

—Taxi! ¡Taxi! ¡Siga a ese coche!

—¿Cómo que siga a ese coche?

—Sí, pronto, sígale, ¿no entiende?

—Mire usted, yo recibo un pasajero y lo llevo a la dirección que me pida. Pero de persecuciones, nada.

—¿Pero no ve que se aleja?

—Busque otro taxi. Yo tengo mujer e hijos y no me da la gana de meterme en líos con policías y ladrones.

—¿O sea, que rehúsa seguir a ese automóvil?

—Mire, señor, se adivina que usted ve mucho la televisión...

(Copyright 1970, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)